

E L

ANGEL DEL HOGAR,

PÁGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADEBLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

BAJO LA DIRECCION DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

SUMARIO.

Hija, esposa y madre, (continuacion), por María del Pilar Sinués de Marco.—*A don José Lamarque*, soneto, por don Narciso Campillo.—*Bondad infantil*, por D. Domingo Fernandez Arrea.—*El ateo*, soneto, por don L. A. de C.—*Hijo por hijo*, (continuacion), por doña María Mendoza de Vives.—*Revista de la semana*, por don Eusebio Blasco.—*Explicacion y aplicacion del figurin de modas*, por Pamela.—*El reino de los niños*, por La Redacion.

Con este número se reparte un figurin y el pliego once del tomo cuarto de la *Galeria de mujeres célebres*.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE SEGUNDA.

ESPOSA.

(Continuacion).

XI.

CÉSAR A LA SEÑORA MARISCALA.

París, enero de 18...

Con el corazon lleno de lágrimas llego á tí, madre mia, en busca de mi perdon.

Te he dado derecho para creer que te habia olvidado: que ya no te amaba: pero no es así: he vivido obcecado durante algunos dias, es cierto: pero tu noble imagen vivia dentro de mi alma: hoy, que sufro, vuelvo á tí mis ojos contristados del mismo modo que los volvemos al cielo cuando las miserias de la tierra nos lastiman.

Yo, madre mia, soy muy desgraciado! Vivo solo en este gran París: apenas veo á Valentina que se ha ido emancipando poco á poco, que tiene su habitacion en la que no puedo entrar sin pedir permiso, que come con sus amigas cuando le parece, y que gasta de su sueldo particular.

Será esto el buen tono?

Dicen que sí: pero ¡ah! ¡qué poco se parece

esta continua afectacion á la noble y digna cortesía á la que tú me tenias acostumbrado! desde que sufro, pienso, y he aprendido á distinguir las cosas: creo que vivir así es no tener corazon, y que lo que tú nos has enseñado es el respeto mútuo, y las cariñosas deferencias que sostienen la buena armonía en la familia.

Me parece que haciendo Valentina la vida que hace, yo debia imitarla: yo debia irme de caza con mis amigos, tener comidas de hombres solos, y buscar devaneos amorosos... pero no puedo hacerlo, madre! tu santo ejemplo; las máximas religiosas que desde mi infancia me has inculcado; los consejos de aquel honrado anciano que fué mi ayo, no es posible que se borren no en tres meses de estancia en este centro de la disipacion!

Soy aun bastante jóven y bastante inocente para no vivir tranquilo aquí: amo á mi mujer y sé de qué manera reprimirla ó castigarla por su inculcable conducta.

Conociendo la ceguedad de mi pasion, Valentina hace alarde de una voluntad de hierro, pero no para lo bueno como tú; sino para todo aquello que discurre su capricho y que apetece su fantasia; veo en derredor suyo una cohorte de hombres á la moda, que ó no hacen caso de mí, ó me hablan con cierta especie de conmisericordia burlona.

Y luego, mi mujer es tan superficial! no se puede hablar con ella de nada grave ó sério:

solo tiene una conversacion animada, por espacio de algunos minutos, con su modista: todos los dulces sentimientos del corazon le son desconocidos, y su principal, ó casi su único cuidado, es causar envidia á las demás mujeres.

Preciso es confesar que esto lo consigue.

No hay ninguna tan bella como Valentina: ninguna vestida con tanta elegancia y magnificencia: ninguna de maneras mas graciosas y mas escojidas.

Y sin embargo, todo esto es un mal para mí, puesto que estoy reducido á envidiarlo; puesto que es para los demás y que á mí nada me llega.

Valentina se muestra conmigo áspera y desabrida: todo cuanto hago y le digo, le incomoda; y lo mismo que le molesta en mí, aplaude en los demás.

Y luego, á pesar de este barniz esquisito que ella ha sabido tomar por sí misma y que la hace tan encantadora, yo sufro mucho en sociedad: porque aunque educada con esmero por aquella jóven y bella preceptora, á quien tú conoces, todo lo que sabe es tan superficialmente, que los maldicientes pueden egercitar en ella su mordacidad.

Habla el francés muy mal: á pesar de tener una voz encantadora, es muy poco inteligente en la música, y solo dibuja algunas cabezas.

En cuanto á esa instruccion tan precisa para tener un trato agradable, es increíble que posea tan poca; no sabe nada de historia, ni de geografía; no raciocina, no piensa siquiera; no sabe hacer otra cosa que oír las galanterías de los hombres, y aburrirse cuando está sola conmigo.

¿Qué papel hará ella en los salones de Madrid, para donde saldremos dentro de breves días?

Aquí, con cantar algunas cancioncitas españolas y con hacer algunos dengues, llena perfectamente su papel, porque es bonita, jóven y extranjera: pero ahí, en esa sociedad severa que no se deja alucinar por la farsa, delante de los elevados talentos que nos han de rodear, al lado de esos hombres cuyas cabezas están encanecidas como lo estaria la de mi padre, qué papel hará Valentina? aquí, basta brillar para ser acatada: ahí no: al que vale se le estima: al que no vale, le adulan algunos y le desprecian todos: las ligerezas de mi mujer se culparán y con razon: se reirán de su language afectado, de sus posturas estudiadas, y yo seré muy desgraciado porque la amo!

Sin embargo, es urgente para mí salir de París; entre los muchos, que rodean á Valentina,

hay un duque de Richeville, á quien aborrezco de muerte.

Es jóven y posee una de las mas bellas figuras que he visto: sus modales son insinuantes y espresivos: su trato encantador. Valentina le distingue mas de lo que aconseja la prudencia entre esta turba que la lisongea.

Yo, aburrido y sin decidirme á tomar el partido de hacer lo que aquí se llama la vida de gran señor, es decir, vivir en el desórden, debo aparecer un estúpido á la vista de esos hombres espirituales y cáusticos; apenas hago otra cosa que dormir, ó pasearme solo por los grandes jardines de las Tullerías, á donde voy para pensar en tí y en mi hermanito.

¡Ah! la sola compañía de Aurelio, me seria aquí tan grata!

En fin, madre mia, yo soy infeliz y no sé por qué; paréceme que hay en torno mio una sima invisible, pero cuyo vacio siento con el corazon temeroso y entumido de un frio mortal!

Aconséjame, madre mia, y díme lo que debo hacer: solo á tí puedo pedir aynda en este doloroso trance: ¿á quién confiar estas penas vergonzosas y vagas, que no son nada contadas, y que, sentidas, despedazan el corazon? hay llagas, que solo la suave y santa mano de una madre puede curar.

Aquí paso por idiota, y soy solo muy desgraciado: dime, ¿tendrá remedio el carácter de Valentina?

Es que no me ama, ó que su afecto no halla otras formas mejores?

Yo conozco que aun soy bueno, pero que mi paciencia desfallece, y mi razon vacila! conozco que, si ella quiere, aun podemos ser felices; pero que de su mano ha de venir el remedio, y que, si no lo pone, vamos á ser muy desgraciados.

El único hombre, á quien podia yo abrir mi corazon, me ha cerrado el suyo. ¡Camilo! ¡cuántas veces he pensado en su franca y leal amistad!

Comprendo, madre mia, que, como tu decias, las mujeres mas elegantes, mas coquetas y mas pagadas de sí mismas, no son las mejores esposas, y que la modestia, la laboriosidad, la prudencia y la bondad, son preferibles á la hermosura, y constituyen la mejor dote para el matrimonio.

Pero en fin, lo hecho, hecho está: y hoy hallo todo mi consuelo en pensar que tu voz querida vendrá á mi socorro, porque jamás llama en vano un hijo al corazon de una buena madre!

(Se continuará).

CESAR.
María del Pilar Sinués de Marco.

A mi buen amigo

DON JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.

SONETO.

Un altar es el alma del poeta,
De noble inspiracion rico venero;
Lo grande, lo sublime y verdadero
En él reciben oblacion completa.

Esa alma libre, voladora, inquieta,
Nunca desmaya de su ardor primero:
Combate y vence; el universo entero
Su fé, su amor, su elevacion respeta.

Si sientes en tu pecho conmovido
De semejante espíritu la llama,
Canta y libra tu nombre del olvido.

Lo librarás; tu amigo que te aclama
Digno del galardón apetecido,
Te ofrece de laurel ilustre rama.

Narciso Campillo.

BONDAD INFANTIL.

Era uno de los últimos días del mes de marzo; soplaban un viento fuerte que hacia resonar el espacio; la nieve se derretia; el césped, cubriendo el suelo de fresca verdura, dejaba asomar menudas flores que empezaban á romper su delicado capullo, y los plácidos gorjeos de los pajarillos anunciaban, en dulce y misteriosos acentos, los primeros y risueños instantes de la primavera.

Matilde, acompañada de su padre, habia salido al campo, y se entretenia en cortar las primeras violetas, en tanto que la alondra, el mirlo, el jilgero y otras inocentes avecillas daban suelta á sus melodiosos cánticos.

Pero el tiempo aumentaba por momentos su mal aspecto. De pronto se vió girar bruscamente la veleta del campanario, y el aquilon vibró en las selvas, campos y caminos, acompañado de blanquíssimos copos de nieve. La niña Matilde tornó á su casa yerta de frio, y, recogién dose en su lecho, dió gracias á Dios de haberla vuelto á su dulce morada, preservándola de las inclemencias de la naturaleza.

A la mañana siguiente, despues de levantarse, se vió sorprendida por una gran nevada que cubria los tejados y el suelo, tan abundante que se hundian los pasajeros hasta las rodillas.

Matilde, llena de afliccion, suspiraba triste-

mente al ver algunas bandadas de pajaritos posarse en los jardines y en las inmediaciones de la ciudad, en busca del alimento de que les habia privado la nieve, al cubrir la tierra donde se escondian los granos de su ordinario sustento. El hambre y el frio obligaban á los pobrecillos á refugiarse al abrigo de las poblaciones, para recoger en sus calles los desperdicios que se arrojan de las comidas entre la basura. Numerosas partidas de gorrones, pardillos y otros pajaritos, abatidos por la necesidad, se colocaban, á riesgo de perder la vida, en medio de las calles, penetrando tambien en los patios de las casas, en donde se les veia escarbar la tierra con sus débiles patitas y afilado pico, á fin de encontrar algunos pequeños granos para su alimento.

En uno de estos momentos, en que Matilde contemplaba con tristeza cuanto acabamos de referir, unos cincuenta pajaritos entraron apresuradamente en el patio de su casa. La inocente niña corrió sobresaltada á la habitacion de su papá.

—¿Qué traes, hija mia? le dijo este.

—¡Ah! padre mio, respondió ella: los pobres pajaritos, que tan alegremente cantaban hace dos días, se encuentran todos en nuestro patio. Ateridos de frio y casi muertos de hambre, piden de comer..... ¿Me permites que les eche un poco de grano?

—Con mucho gusto, hija mia.

Entónces Matilde, con la celeridad del rayo, corrió, saltando de alegría, en busca de cañamones, algunas espigas de maiz y otras simientes, que esparció por el patio, preparando así á sus inocentes huéspedes un espléndido banquete. Las avecillas, revoloteando alegremente alrededor de Matilde, al picar uno y otro grano, parecia como que querian significarle su tierno agradecimiento. La candorosa niña, contenta y satisfecha de tan piadosa obra, se entretenia en ver picotear á sus alborozados protegidos, y en oír el lenguaje dulce de sus delicadas gargantas. Ebria de gozo, fué en busca de sus amantes padres, para que tomaran parte en su inocente entretenimiento, y participaran tambien, como ella, de la alegría que embriagaba su corazón.

Pero los granos que habia ofrecido á sus convidados desaparecieron muy luego. Los pajarillos volaron, y fueron posándose de uno en uno sobre la puerta y paredes del patio de la casa; y al volver Matilde, la miraban los pobrecillos con aire de tristeza, como si quisieran decirle: «¿No tienes nada más que darnos?»

La niña comprendió su lenguaje, y partió con velocidad en busca de mas comida. En el camino se encontró con un niño, que estaba muy lejos de poseer un corazon tan compasivo como el suyo. Llevaba en la mano una jaula llena de pájaros, y la sacudia con tanta violencia, que los pobrecitos se golpeaban á cada momento con la cabeza en las regillas de su prision. Matilde, enternecida de ver el mal trato que daba este niño á sus prisioneros, le dijo:

—¿Qué piensas hacer de esos pajaritos?

—Aún no lo sé, respondió el travieso niño Ricardo. Desearia hallar un comprador, mas si no lo encuentro, se los echaré á mi gato.....

—¡A tu gato! replicó estremecida Matilde; ¡á tu gato!... ¡ah! ¡eres un mal niño!...

—¡Oh! no serian estos los primeros que se come vivos... y, cogiendo su jaula, como si nada encerrase, su puso en actitud de marchar ligero. Matilde le invitó á que permaneciese más tiempo, y, preguntándole cuánto queria por los pájaros:

—Los daré á ochavo cada uno, contestó el niño: son diez y ocho...

—¡Pues bien, yo los tomo! dijo Matilde.

Acompañada del niño, corrió á pedir permiso á su padre para verificar la compra, quien no sólo consintió en ella de buen grado, sino que cedió gustoso á su hija una habitacion vacía para alojar á los huéspedes.

Algunas horas despues, la puerta de la casa de Matilde se hallaba cercada por un grupo numeroso de muchachos aldeanos, que, avisados por Ricardo, llevaban á la niña todos sus pajaritos para que se los comprara. Los niños, colocándose como en un mercado alrededor de Matilde, elevaban las jaulas unos sobre otros, pidiendo cada cual la preferencia en favor de sus pájaros.

—¡Los míos cantan muy bien! decia uno.

—¡Mis pajaritos, Matilde, mis pajaritos son los mejores!

—¡Como mis jilgueros no hay otros...! contestaba un tercero.

Matilde, dando gusto á todos, compró cuantos le presentaron, y los llevó á la habitacion donde tenia los primeros.

(Se concluirá.)

Domingo Fernandez Arrea.

EL ATEO.

SONETO.

¡Ciego de orgullo está! No alcanza á ver
Lumbre del cielo en su razon brillar;
Cuando eternas verdades quiere hallar,
Ni á sí propio se puede comprender.

¿No vé de cielo y tierra en todo ser
La existencia divina palpitar?

¿No es Dios luz y consuelo? ¿Creer y amar
No es mejor que dudar y aborrecer?

Lucha es tenaz su mísero vivir,
Se juzga en su ignorancia un semi-Dios;
Y del cielo la voz no sabe oír!

Jamás iré de su delirio en pos!
Yo quiero, como el justo, en paz morir
Con la mano en la Cruz y el alma en Dios.

L. A. de G.

HIJO POR HIJO.

(NARRACION DE UN SUCESO.)

(Continuacion.)

La felicidad con tanto ardor deseada por ellos y tan tenazmente combatida por la oposicion de la maestra, mostrábales apenas la luz de su aureola, cuando el crimen que parecia sepultado para siempre en las entrañas de la tierra, surgió de pronto desvaneciéndoles hasta el último destello de esperanza.

¿Qué medios habia empleado la Providencia para patentizarle á los ojos de los hombres? Una sencillísima casualidad.

Varios jóvenes, entre ellos Dalmacio y algunos oficiales de la guarnicion, salieron en la mañana del domingo con direccion á la sierra.

El objeto de los primeros era cazar, el de los segundos, cazar y recorrer con ese motivo unos sitios para ellos desconocidos y donde lo accidentado del terreno debia ofrecer con frecuencia variados y estraños paisajes.

Apenas entraron en las sinuosidades de la montaña, un joven oficial preguntó cuáles eran el sitio y hora destinados para comer.

—A las dos y en lo alto de aquel cerrillo, pues el almuerzo lo hará cada uno donde se encuentre, respondieronle.

—Pues hasta la tarde, en lo alto de aquel si-

tio, contestó el oficial apartándose del grupo general y emprendiendo distinta ruta.

Los cazadores, divididos en dos partidas, siguieron unos hácia los altos de la sierra, mientras otros batían las raíces del monte, golpeando troncos y ramas y excitando con fuertes gritos á los perros, que entraban por la maleza para levantar la caza. A tan ruda invasión, salían de los abrigados sotos los cobardes é indefensos conejos, trepando por el monte donde les aguardaban nuevos peligros.

En vano era que su oscura piel les confundiese un instante con los matorrales y breñas, si los incansables podencos se apresuraban con sus ladridos á delatarlos al ojo atento de los apostados cazadores, cuya certera mano les enviaba al punto una muerte traidora. Ni aun algunos de los que, por fortuna, llegaban á alcanzar su soterrada madriguera eran perdonados; pues para la oculta manida tiene el hombre, como para los aires el halcón ó el gerifalte, el repugnante huron, que hace penetrar en las entrañas de la tierra, de donde obliga á huir á la víctima, devorándola, si á ello se resiste.

En la caza del jabalí, en las corridas de toros, como en cualquiera otra lucha en que se vé al hombre buscar hasta en sus mismos antros, acosar y hacer frente á una fiera, lidiar con ella y postrarla sin vida á sus pies; hay cierto riesgo que halaga el orgullo, cierta grandeza que levanta el espíritu y trae al pensamiento, con la admiración que produce el triunfo del hombre, el poder que le concediera Dios sobre todo lo creado. Empero este miserable ardid en que se emplea el instinto de un animal para coger á otro mas débil y medroso, que despues de haber escapado al plomo de la escopeta y á los dientes de los sabuesos, se acoge á su nido y al lado de sus hijuelos, repugna y hastia por lo mezquino y cruel.

Acaso eran estos los pensamientos del oficial que léjos de sus compañeros, sentado sobre una peña permanecía absorto en silenciosa contemplación, sin cuidarse de un pequeño album que en la mano tenia; cuando Dalmacio y otro acertaron á pasar por allí.

A la pregunta de qué hacia, el oficial abrió su libro y presentóles varios bocetos.

Los jóvenes quedaron admirados de ver trazados, con la mayor exactitud y limpieza en una diminuta hoja de papel, no solo la población que á los pies tenían, sino el tortuoso río, con el pequeño bosque y allá en lontananza la ve-

cina montaña de Solterra, cuya cima coronaba, cual la de Farnés, un pequeño santuario y un antiguo castillo, nacimiento de las tempestades que parecen condensarse sobre sus derruidos torreones.

Aun contemplaban el dibujo, cuando los reños ladridos y desalada carrera de un podenco que perseguia á un conejo que de unas zarzas acababa de levantar, les puso en movimiento.

Los cazadores todos, que habian empezado á subir la montaña, dirigiéronse precedidos del resto de la jauría tras el fugitivo animal. Este, recortando un sendero que parecia rematar en una cañada, les condujo á un pequeño rellano donde desapareció bajo un monton de hojarasca y ramas secas, hácia el cual se lanzaron los perros.

La agreste belleza y sombría soledad de tan apartado sitio, amenizadas por el grato murmullo de una alegre fuenteilla que por entre los riscos corria, fresca como la nieve y trasparente como el cristal mas limpio, indujéron á verificar allí la refacción proyectada.

Las ramas secas que tanto escitaban el encono de los perros, fueron trasladadas desde el rincón que ocupaban al centro de la placeta, donde se les prendió fuego, á cuyo calor comenzaron á secar, los que por los bajos del monte habian corrido, la humedad de sus pies.

Sin embargo, los perros seguian ladrando tristemente en derredor del sitio donde estuvo la maleza que en aquel momento ardía, y en el que solo quedara una piedra de escasa altura, en cuya base la tierra agrietada mostraba una hendidura, por la que un podenco se esforzaba en meter su puntiagudo hocico.

Tan tenaz insistencia llamó la atención de los cazadores, quienes trataron de levantar la piedra. Cedió ésta fácilmente, y la oscura y metafórica boca de un pozo presentóse á sus atónitas miradas, como un misterio que de pronto se descubre, pero indicando que vela otros mas tenebrosos y profundos.

La sombra proyectada por la roca que se inclinaba sobre ellos, como una amenaza de muerte suspendida sobre sus cabezas, impedía á los purísimos rayos del sol hasta el aproximarse á aquel centro de fétida lobreguez.

Empero las ramas secas, paño fúnebre que cubria la tapa de aquel inmenso é ignorado ataud: el gancho de hierro prendido al borde de la sima, como convidando á su descenso, al revelar la obra del hombre, despertaron en algu-

nos el deseo de ir mas allá, el ánsia de ver con sus ojos y palpar con sus manos los recónditos misterios de aquel abismo.

Mas como no en todos predominaba el temerario arrojo de los pocos años, espoleado en el momento por la perniciosa curiosidad; cedieron los jóvenes á la voz del mas prudente, que aconsejó tapar la cueva y volver al otro dia provistos de antorchas y de todo lo necesario para bajar sin riesgo.

Pero Dalmacio y el oficial que se rebelaban, aunque en silencio, contra esta determinacion, no dejaban de inclinarse y hacer conjeturas sobre el borde del pozo, cuando en uno de sus movimientos cayóle al oficial, dentro de él, el album que entre el chaleco y la entreabierta levita guardaba.

Disputaron entonces sobre cuál de los dos bajaría por ella; pero el futuro esposo de Eulalia que ejercia algun ascendiente sobre el joven oficial y que preferia quedase perdido el album á que su dueño bajase por él, cedió á los ruegos de Dalmacio, consintiendo en que descolgasen á este, despues de tomar muchas precauciones.

Anudáronse, pues, unas fajas, y cerciorado por las piedras que tiraban, de que el fondo estaba seco y no muy léjos, empezó á bajar el joven con gozosa intrepidez.

Mas al pisar el suelo, tropezó con un objeto móvil que le hizo resbalar y caer sobre otro cuerpo, que al pronto no compendió lo que era, chocando su mano con una cosa que juzgó en la oscuridad el album que buscaba. Metióselo apresurado en el bolsillo, mas excitado su curioso anhelo, palpó afanoso aquel otro bulto y lanzando instantáneamente un grito de horror repitió: tirad, tirad; con tal vehemencia que alarmó á los cazadores.

El joven apareció á la luz del sol, cadavérico, desencajado y erizados sus cabellos como el santo Job en el horror de su vision nocturna.

—¿Qué hay en esa cueva? ¿qué has encontrado? preguntáronle todos con afán.

—¡Un muerto!, ¡un muerto!, respondió con voz cavernosa, sacudiéndose sus ropas y alejándose de allí.

Todos se apresuraron á seguirle dominados por una dolorosa y repugnante impresion.

Cerca del rio, pues la diversion habia concluido á la fatídica palabra de, «un muerto,» Dalmacio metió la mano en su faltriquera y alargó al oficial el objeto recogido en la cueva.

—¿Para qué es esto? preguntó el militar abriendo la cartera que le entregaba y leyendo en alta voz:

«Yo, Andrés Martinez de Peralta, acuso de mi muerte ante Dios y los hombres á Salvador el hijo de la maestra.»

—¡Misericordia, gritó Dalmacio, es del muerto de la cueva y yo la he traído sobre mí creyéndola el album!...

A estas palabras el oficial arrojó la cartera y lanzóse apresurado por la tabla del rio; todos le siguieron precipitadamente; solo Dalmacio que se habia quedado inmóvil, hirióse de pronto la frente, volvió los ojos atrás y siguió luego adelante.

(Se continuará.)

María Mendoza de Vives.

REVISTA DE LA SEMANA.

Madrid, esta honrada villa de Madrid que hasta hace pocos dias nos habia parecido un pueblo de buena fé, se ha contagiado. Ha cambiado de faz, sin dar una razon de su conducta.

No hay mas que salir á la calle para convencerse de esto.

Estamos á fines de marzo, y cualquiera diria que estamos á principios de enero.

Viento, frio, lluvia, de todo ha habido un poco, ó mejor dicho, dos ó tres pocos que ya van pareciendo mucho.

No parece sino que Madrid se sale de su esfera y le obliga á uno á preguntar por todas partes; ¿en qué pais vivimos?

Ni aun se nos permite suponer que estamos en Primavera. Esta suposicion pareceria un insulto, hecho á esas flores que se esponen al público, como las muchachas bonitas, en medio de la calle de Sevilla.

Hasta las flores se venden caras. Hasta los vegetales van tomando aire de importancia; y en verdad que el aire de estos dias tiene una importancia grande á mis ojos.

Ese aire ha llenado las cabezas de los hombres políticos.

Ha apagado el entusiasmo del público [que asiste á los teatros.

Ha encendido la hoguera de las pasiones.

Y por si acaso esto [pudiera parecer oscuro, fuerza será demostrarlo.

Dejando aparte la demostración de la primera de aquellas tres frases, en gracia de lo enojoso del asunto, pudiera yo comenzar exclamando: «ven conmigo, lectora» como suelen decir los novelistas, y dar un paseo por los alrededores de los teatros de esta corte. ¡Qué de cosas veríamos! veríamos algunas comedias bonitas, y muchas regulares, y no veríamos al público; que bien puede decirse que las obras no dan resultado por indisposición del público madrileño. En cambio, si el público no asiste á ver las comedias que ejecutan los actores, representa á todas horas dramas casi incomprensibles; y aquí de mi tercera frase.

Un marido que dá de palos á su mujer en el barrio de Maravillas; una madre que arroja á un hijo suyo recién nacido, en una alcantarilla; dos ciudadanos pacíficos que se acarician mutuamente con el indispensable estoque que han dado en llevar ahora los caballeros metido en el hueco de un *roten*; dos señores que se baten por política; otros dos que se baten por amor, cuatro que se baten por hacer algo; y ocho que se baten por no hacer nada. Llenas están las gacetillas de los periódicos de noticias por el estilo. Y á eso hemos convenido en llamar sección *amena* de los periódicos. La palabrilla no deja de tener gracia.

Se me olvidaba hablar de la cuaresma. Supongo que mis lectoras sabrán que estamos en cuaresma; y hago esta suposición, porque al verlas en todas partes tan cari-alegres, risueñas y divertidas, casi llego á creer que, ó el calendario está equivocado, ó el recogimiento propio de esta temporada está mandado recoger.

Esto no es hablar en general. Bien sé que muchas de una encantadora niña va con harta frecuencia á la iglesia, escucha el sermón, reza diez padres nuestros, y en seguida va á casa... y escribe á su novio. Mi vecina Sofía hace todo eso diariamente. Pronto acabará el pescado de llenar sus funciones nutritivo-religiosas, ó lo que es lo mismo, pronto volveremos á los buenos tiempos del año.

Por ahora, las únicas horas buenas del día son las en que el bello sexo se dirige á la fuente Castellana ó al Retiro, y las de la noche se pasan agradablemente oyendo al inimitable Mario en la *Favorita* ó el eminente Romea en el *Sullivan*. Dos artistas que disponen á su antojo del corazón de los espectadores.

Hoy por hoy, en las calles de Madrid, todo es aire. El tiempo está *airado*.

Para desenojarle, bastará que mis lectoras salgan á la calle; de fijo que el sol aleja de sí las nubes, para impregnar los rayos de su luz en la luz de unos ojos bonitos.

Eusebio Blasco.

MODAS.

ESPLICACION Y APLICACION DEL FIGURIN.

Trages de primavera.

FIGURA 1.^a Vestido de gros malva, con dos faldas, adornada cada una con una cenefa, ricamente bordada de seda y perlada de azabache.

Esta cenefa es bastante ancha y forma una graciosa guirnalda: la segunda falda está además terminada con un fleco de seda torcida.

Cuerpo de talle redondo, y cinturón ancho de seda, negro y cerrado con una alta hebilla de oro.

Mangas casi ajustadas.

Cuello y mangas interiores, de batista, con volantitos encañonados.

Pequeño chal de *faya* negra, guarnecido de un ancho encage de Chantilly.

Sombrero de crespon malva, adornado de encage negro, y de ramos de lilas de dos tintas: en el interior y sobre la frente, ramos de lilas: dos bandas de encage negro se anudan sobre el lazo que forman las bridas del sombrero.

Ofrecemos á nuestras constantes favorecedoras el mas lindo modelo que se puede imaginar en un traje esmerado, para la próxima estación.

Por su elegancia y su frescura, es muy á propósito para joven casada, aunque puede también servir para señora de alguna edad.

Una señorita deberá bordar mucho mas ligeramente las cenefas de las faldas, ó mejor aún, sustituirlas con una greca de cintas malva y blanca mezclada.

Los trages bordados son de una elegancia suprema, y no se vulgarizarán, ya por su exquisita distinción, ya porque son muy costosos.

Las dos faldas empiezan su reinado de un modo espléndido, y son acogidas con entusiasmo en París.

Aconsejamos á las señoras y señoritas que se

hagan por sí mismas sus vestidos, que corten la segunda bastante larga.

FIGURA 2.^a *Trage de primera comunión:* vestido de muselina de dos faldas.

La primera está recortada en ondas, y estas orilladas de una tiritita de muselina festoneada: la segunda está adornada del mismo modo: pero las ondas están dispuestas formando grandes picos, orillados con otra tira festoneada.

Cuerpo fruncido, escotado formando cuadro, y guarnecido, en el escote, por una tira lisa, á cada lado de la cual hay pegado un volantito que adorna la hombrera.

Camiseta rizada á plieguecitos.

Mangas casi ajustadas, con vuelta de volantitos, que remontan un poco en la costura del codo.

Velo de tul blanco, que llega hasta un poco mas abajo de la segunda falda.

Este trage nos parece el mas lindo de cuantos hemos visto destinados á las jovencitas que van á hacer su primera comunión: es tan sencillo, tan casto, y tan gracioso, que le recomendamos á todas las madres: para el sagrado objeto á que se destina, nos parecen muy impropios los encajes y los adornos demasiado ricos y recargados, y creemos que la modestia es el mayor mérito que puede tener.

FIGURA 3.^a *Niña de once años:* falda de lana

verde del género llamado *pekin*, con rayitas de un verde mas oscuro: en la parte inferior está adornada esta falda con tres cintas de terciopelo negro, orilladas en el lado superior con una puntilla negra puesta hácia arriba y plana.

Coselete de la misma tela que la falda, que forma pico en el pecho y espalda, y está hendiéndose en la parte inferior en forma de almenas, excepto en la espalda, que forma larga aldeta: este coselete está todo guarnecido de dos cintas de terciopelo, mas estrechas que las de la falda, y por una puntilla negra.

Camiseta, de tafetan blanco, adornada de cinta verde, rizada en las mangas, escote y pecho: en el escote y puños, lleva además unas blonditas blancas.

Botitas de saten negro.

Cintas de terciopelo en el peinado, que forman algunas lazadas, y descienden hasta mas abajo del talle.

Aconsejamos á las madres que adopten este trage para sus niñas, la noche que hayan de llevarlas al teatro, ó bien para que asistan á una comida de confianza, únicas en que las niñas pueden estar.

Hay en él cierta gracia infantil y exenta de pretensiones, que le hace encantador, y tiene, además, el mérito de ser de muy escaso coste.

Pamela.

EL REINO DE LOS NIÑOS.

Al fundar el *Angel del Hogar*, nos propusimos escribir un periódico para la familia, y creemos haber conseguido nuestro objeto por las felicitaciones que de continuo recibimos.

Hoy, accediendo á los deseos manifestados por muchas madres, anunciamos la próxima aparición de otro periódico dedicado esclusivamente á la infancia, de cuya dirección se encargará la Señora Sinués de Marco, é irá ilustrado con láminas, figurines y dibujos de labores de que nos surtirán las casas mas acreditadas de París.

Algo se ha escrito para los niños; pero creemos que no ha llenado cumplidamente su objeto: sin duda, por eso, han vivido poco en España tales publicaciones: nosotros vamos á tratar de llenar un vacío, que indudablemente existe, y á hacer algo por ese pequeño mundo rosado y alegre, dándole, con el título de *El reino de los niños*, un periódico á la vez tan barato que lo puedan estos pagar con sus modestos ahorros; tan bonito, que lo reciban como un regalo, y tan útil, que lo amen como á su mejor amigo.

Estamos preparando desde hace algun tiempo trabajos para esta nueva publicación, cuyo planteamiento, tal como nosotros la comprendemos, exige bastante estudio, y ofrece no pocas dificultades, que nuestra constancia y buen deseo lograrán allanar.

En breve aparecerá el prospecto, que enterará de las condiciones de la suscripción: por hoy, deseamos que estas líneas sirvan de contestación á las muchas personas que nos han instado para que publiquemos un periódico de esta especie.

La redaccion.

Por todo lo no firmado, MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1865.—Imp. Española, Torija, 14.